

EDITORIAL

En el año en que se conmemoran los 40 años de la fundación del CELAM, el número anterior de *Medellín* estuvo dedicado a la contribución que este organismo, encaminado a la promoción de la colegialidad Episcopal en América Latina, ha dado a la pastoral en el Continente. En este número, con la misma perspectiva, los tres artículos publicados están relacionados con la vida de nuestra Iglesia en el seno de la cual, sobre todo a partir de la Conferencia de Medellín, el CELAM propició el desencadenamiento de un proceso original que desembocó, entre otras cosas, en una presencia de Iglesia como defensora y promotora de la Vida, en una nueva praxis eclesial desde la economía del Espíritu y en un ejercicio diferente del tradicional *munus* episcopal.

Esta originalidad, sin embargo, no surgió de la nada. Ella se cimienta en un pasado lejano, en movimientos internos y externos a la Iglesia y al Continente. En el nivel externo, la eclesiología de comunión consagrada por el Vaticano II, la consecuente práctica eclesial desde los pobres y la nueva manera de ejercer los diferentes ministerios se deben, en gran medida, a una relectura del mensaje revelado teniendo en cuenta los valores de la modernidad, en particular las tesis de la primera y de la segunda Ilustración. En el nivel interno, no se puede comprender la presencia servidora de la Iglesia en el mundo del trabajo, de la política y de la cultura y todavía menos nuestra reflexión teológica autóctona, sin el Concilio Vaticano II, la Doctrina Social de la Iglesia, movimientos como la Acción Católica o aún el Catolicismo Social. En este sentido, la teología latinoamericana se constituye, de hecho, como dice Juan Pablo II, "en una nueva etapa de la reflexión teológica" como tal.

En realidad, los embates del Catolicismo Social con la modernidad y la subsecuente reconciliación de la Iglesia con el mundo moderno a través de la gradual asimilación de los valores de la primera y segunda Ilustración, son muy iluminadores en cuanto a la comprensión del quehacer teológico y pastoral en América Latina. En el plan teológico, por ejemplo, mientras la teología moderna europea se articula a partir de las preguntas puestas por la primera Ilustración, o sea, por la subjetividad y por la intersubjetividad, la teología latinoamericana, en la línea del Catolicismo Social, se articula desde las cuestiones puestas por la segunda Ilustración, por los filósofos de la praxis, o sea, por el sujeto social. Ambas toman distancia de una razón científica y filosófica apoyada en verdades

dogmáticas definidas *a priori*. Sin embargo, la teología latinoamericana quiere, juntamente con el Catolicismo Social, ser respuesta, por un lado, a las cuestiones que llevan a una desprivatización de la fe, y, por otro, a diferencia de éste, sitúa el sujeto social, además del mundo del trabajo, igualmente en el mundo de la política y de la cultura.

En último análisis, la teología latinoamericana, juntamente con las teologías europeas de lo político, que también beben de la fuente del Catolicismo Social, pone la cuestión de los "sujetos", de los "lugares" y del "interés" de toda práctica, sea ella una práctica práctico-práctica o práctico-teórica. La cuestión de los sujetos rompe con la pretensión del objetivismo de los medios positivistas, la de los lugares con la pretensión de universalismo y la del interés lleva a asumir, y la teología latinoamericana igualmente a discutir, la naturaleza y el valor evangélico de las opciones fundamentales inherentes al origen de toda reflexión o teoría.

Así, pues, aunque el Catolicismo Social haya sido un movimiento poco actuante en América Latina, continente en el cual la Cristiandad se prolongó por más de un siglo en relación a su desmantelamiento en Europa, en realidad, se constituye en una clave importante para comprender nuestra nueva praxis eclesial y la reflexión teológica llevada a cabo aquí, como también la nueva manera de ejercer el *munus docendi, sanctificandi y regendi* de gran parte de nuestros obispos.

La Redacción
Junio de 1995